

un estado floreciente despues de su elevacion al pontificado, y la amaba tiernamente mirándola siempre como su cuna. Puso bajo la direccion de esta abadía diez monasterios, y entre otros la casa de benedictinos que habia establecido poco antes en Montpellier y que formó el cabildo de esta catedral cuando se verificó la traslacion de la silla de Mangüelona. El 12 de mayo, estando todavía en Marsella, hizo cardenal á Guillermo de Aigrefeuille, que tenia á lo sumo veintiocho años, pero era de los mas capaces entre los de su edad, y sobrino de un cardenal anciano del mismo nombre, amigo íntimo de Urbano, y el principal promotor de la exaltacion de este Pontífice, segun entonces se decia (1).

Entretanto habia en el puerto veintitres galeras prontas á dar la vela y otros muchos buques de todas clases, equipados por la reina de Sicilia, y por las repúblicas de Venecia, Génova y Pisa, asi para llevar con seguridad al Gefe de la Iglesia, como para hacerle el debido honor. El 19 se embarcó Urbano en una galera veneciana; levaron áncoras, y favoreciendo los vientos el ardor del Pontífice, perdieron de vista en algunas horas las riberas de Francia. En este momento hizo el amor de la patria una impresion tan viva en el ánimo de algunos cardenales franceses, que hasta llegaron á prorrumpir en quejas poco mesuradas contra el Papa: ciega puerilidad, dice con este motivo el Petrarca (2), rebelada contra un padre que obligaba á sus hijos á que entrasen en el camino de su propia felicidad y de su salvacion. Despreció el Papa estos clamores ridiculos, aceleró cuanto pudo la navegacion, y el dia 9 de junio llegó á Viterbo, donde por espacio de

cuatro meses recibió los testimonios mas expresivos del respeto, de la gratitud y de la alegría de toda Italia. Luego que desembarcó en Corneto, primera plaza del Estado eclesiástico, fueron á cumplimentarlo casi todos los grandes de aquellas provincias, y los diputados de Roma le hicieron entrega del absoluto señorío de su ciudad con las llaves del castillo de Sant-Angelo que habian retenido hasta entonces.

En Viterbo confirmó el Papa Urbano la nueva congregacion de los jesuatos, que acababa de fundar Juan Columbano (1). Este piadoso fundador era un noble habitante de Sena, que habia obtenido la dignidad de gonfalonario, primer empleo de la república. Entonces manifestaba poca religion, un olvido total de las leyes de la probidad, un furor estremado en todos sus deseos, y tanta sed de oro, que se valia indistintamente de todos los medios capaces de aumentar sus riquezas. Un dia que al salir del senado no halló pronta su comida, se irritó con su familia de un modo que no correspondia á su carácter. Para aquietarle ó entretererle le dió su muger las Vidas de los Santos. Al principio tiró el libro con rabia; pero calmándose despues inopinadamente, le cogió, le abrió por distraerse, y dió con la penitencia de Santa María egipcíaca. Pudo tanto con él esta lectura, que inmediatamente resolvió convertirse. Desde entonces empezó á hacer copiosas limosnas, á frecuentar las iglesias, y á dedicarse al ayuno y á la oracion. Su piadosa muger que pedia á Dios por su conversion mucho tiempo habia, y le daba ejemplos de virtud, inútiles hasta entonces, encontró muy luego en él un maestro y un modelo de la perfeccion evangélica. La persuadió á que guardasen continencia: despues de lo cual durmió siempre en unas ta-

(1) *Itér. Ital. Urb. V, ap. Baluz. t. 2. Vil. Pap. Avon. p. 368 et seq.*

(2) *Petr. Rer. sen. lib. 7, ep. 2.*

(1) *Hist. de las Ord. relig. seg. ed. fr. t. 1, cap. 429.*

blas, vistió con humildad y pobreza, se puso un áspero cilicio, y añadió á esto otras muchas mortificaciones, é hizo de su casa una hospedería y hospital para los peregrinos y enfermos. En aquel tiempo tenia todavía un hijo y una hija.

Muerto el hijo, y habiendo abrazado la hija la vida religiosa, Juan Columbano, de acuerdo con su esposa, distribuyó todos sus bienes entre los pobres y se redujo á la clase de mendigo. Tuvo por compañero á otro noble habitante de Sena, llamado Francisco Vincenti, y se dedicaron los dos á predicar por las ciudades y aldeas de Toscana, exhortando á todos á hacer penitencia, y atrayendo en su seguimiento á los mas virtuosos con su vida edificante. De este modo reunieron hasta sesenta discípulos, con los cuales fueron á presentarse al Papa Urbano, descalzos, sin ningun abrigo ni defensa en la cabeza, y lo demas del cuerpo cubierto con andrajos. El Pontífice los recibió con agrado, quiso que á lo menos llevasen sandalias de madera, y que se cubriesen la cabeza, y les dió por vestido una túnica blanca con una capucha de la misma tela y una capa parda. El pueblo los llamó jesuatos, porque estaban pronunciando siempre el nombre de Jesus. Volviendo Juan Columbano á Sena, murió en el camino, el último dia de julio del año 1367; y aunque no ha sido canonizado con las formalidades de estilo, el Papa Gregorio XIII hizo que se pusiese su nombre en el martirologio romano. Esta congregacion fué suprimida por Clemente IX despues de haber subsistido trescientos años.

En fin, el Gefe de la Iglesia volvió á entrar en Roma el sábado 16 de octubre, sesenta y tres años despues de la muerte de Benedicto XI, cuyos sucesores habian establecido su residencia en Francia. Urbano V entró en la ciudad con dos mil soldados, acompañado del clero y del pueblo romano

que le habian salido al encuentro, y le recibieron con una alegría y solemnidad que no habian visto jamás los nacidos. Despues que hizo oracion en la iglesia del Príncipe de los Apóstoles y fué instalado en la Silla pontificia, pasó al palacio contiguo del Vaticano que estaba arruinándose, cuya obra reparó poco despues magníficamente. El último dia de octubre, vispera de Todos Santos, celebró de pontifical en el altar de San Pedro, donde no se habia dicho misa desde el tiempo de Bonifacio VIII. El dia segundo de marzo del año 1368, despues de haber celebrado Urbano en San Juan de Letran, en la capilla llamada *Sancta Sanctorum*, hizo que sacasen las cabezas de San Pedro y San Pablo, que estaban casi olvidadas debajo del altar en que acababa de decir misa, á fin de dar á estas reliquias insignes un culto digno de ellas. Despues mandó que las hiciesen unas urnas nuevas, cuyo precio pasó de treinta mil florines de oro. Son dos grandes bustos de plata que pesan mil doscientos marcos, y están llenos de piedras preciosas. En el busto de San Pedro se ve la tiara ó triple corona, cuya institucion se atribuyó por esta causa al Papa Urbano V. Pero las estatuas de sus predecesores Juan XXII, Benedicto XII é Inocencio VI, tenian ya coronas poco diferentes de aquella. Se advierte tambien que al volver del monte de Letran al del Vaticano, no se desvió del camino Urbano V, como lo habian hecho algunos predecesores suyos por no tocar en el parage donde decian que habia parido la falsa papisa Juana: lo que prueba que ya estaban todos desengañados de esta fábula.

A principios del mes de mayo pasó el Papa Urbano desde Roma á Monte Fiascone, lugar célebre por la salubridad del aire, para permanecer allí durante los calores del estío. Antes de volver á Roma hizo una nueva promocion de ocho cardenales, la mayor

parte franceses, á ejemplo de lo ejecutado por sus últimos predecesores. El emperador Carlos IV se dirigió á Monte-Fiascone con un ejército numeroso destinado á sujetar á los usurpadores del patrimonio de la Iglesia, y á contener los pueblos en la obediencia debida al Sumo Pontífice. Marcharon uno y otro á Roma para esperar á la emperatriz que habia de ser coronada por el Papa en aquella ciudad, como lo fué en efecto el día de Todos Santos, despues de haber sido ungida, segun costumbre, por el cardenal obispo de Ostia. Para esta ceremonia celebró el Papa en el altar de San Pedro, haciendo el emperador el oficio de diácono, pero sin leer el Evangelio, porque solo tenia derecho para leerle en el día de Navidad. Este príncipe, siempre fiel á su promesa, salió de Roma poco despues de la coronacion de la emperatriz su esposa. En el año siguiente de 1369, vióse tambien allí el emperador de Oriente Juan Paleólogo.

Este príncipe, asustado con los rápidos progresos de los turcos, habia pasado á Italia para acelerar los socorros de los occidentales. El Papa Urbano se mostró muy adicto á sus intereses, y le trató con mucho honor, aunque no tanto como al emperador de Occidente, el cual era mirado como soberano, ó á lo menos como representante de los soberanos de Roma. Paleólogo por su parte se mostró constante en la fé romana que habia profesado ya. El día de San Lucas, 18 de octubre, fué á la iglesia del Espíritu Santo, y en presencia de cuatro cardenales confesó que esta Persona divina procede de las dos primeras: que la iglesia romana tiene el derecho de primacia sobre toda la Iglesia católica: que la corresponde decidir en las cuestiones de fé; y que todo aquel que se sienta agraviado en materias eclesiásticas puede apelar á ella. El emperador dió esta confesion en forma de bula, firmada de su puño con caracteres encar-

nados, y sellada con sello de oro: añadió á esto el juramento, y los cardenales le admitieron al ósculo de paz, como verdadero católico. El domingo siguiente, el Papa vestido de pontifical, y acompañado de los cardenales y demas prelados con toda la pompa y magnificencia correspondientes á sus dignidades, pasó desde el Vaticano á la iglesia de San Pedro, donde se sentó en una silla que estaba preparada en lo alto de las gradas del átrio ó lonja. Llegó despues el emperador, y luego que descubrió al Sumo Pontífice hizo tres genuflexiones; se postró, le besó los pies, las manos y la boca; despues de lo cual se levantó el Pontífice, le cogió de la mano, y comenzando el *Te-Deum*, entraron juntos en la iglesia, donde cantó el Papa la misa en presencia del príncipe y de un gran número de griegos. Concluidos los oficios, fué Paleólogo á comer con el Papa y con todos los cardenales (1).

A principio del año siguiente, 1370, temiendo alguna interpretacion siniestra de los griegos acerca del nombre de Iglesia romana, sin embargo de que continuaban llamándose romanos, espidió Juan Paleólogo otra bula para explicar la primera, y declaró que por Iglesia romana entendia aquella en que presidia el Papa Urbano V. No tardó este emperador en restituirse á Constantinopla; y Urbano, que no pudo darle todavia los socorros pedidos tantas veces, procuró indemnizarle con la concesion de los favores espirituales que solo dependian de él. Entre otros privilegios es de notar el que le concedió para tener un altar portátil, esto es, una piedra ó ara consagrada, en que pudiese mandar decir misa en su presencia, contra la práctica de los griegos, los cuales se servian para esto de

(1) Chalc. p. 25; Allat. Cons. p. 842; Rain. ann. 1369 et 1370.

un cuero, de un lienzo, ó de un pedazo de tela bendita; pero Paleólogo no debia permitir que se celebrase misa en ese altar sino por un sacerdote latino (1). En cuanto á los socorros temporales, le dió Urbano cartas de recomendacion para varios príncipes cristianos, y en particular para la reina Juana de Nápoles, y para Felipe, príncipe de Tarento, por cuyos Estados habia de pasar. Parece que el emperador se retiró muy contento por lo bien que le trató el Papa, y con las disposiciones mas favorables en orden á la unidad católica.

Procuró tambien el Papa Urbano extinguir el cisma, ó á lo menos detener sus progresos en los confines del imperio de Constantinopla (2). Clara, viuda de Alejandro, vaivoda de Valaquia, princesa piadosa y muy adicta á la verdadera fé, tenia dos hijas casadas, la una con el rey de Bulgaria y la otra con el de Sérvia; y habiendo sabido el Papa que ella habia librado á la primera del error del cisma, la escribió para darle el parabien de este feliz suceso, y para exhortarla á que trabajase igualmente en la conversion de la segunda. Exhortó tambien al jóven vaivoda de Valaquia, llamado Ladislao, á que abandonase el cisma. Lasco, duque de Moldavia, de la misma nacion de los valacos, estando ya resuelto á abandonarle por consejo de algunos frailes menores, creyó el Papa que no debia dejar mas tiempo aquella provincia bajo la dependencia del obispo de Halits, en Rusia, el cual era cismático, y por otra parte estaba muy distante de ella. Escribió, pues, en estos términos al arzobispo de Praga y á los obispos de Breslau y de Cracovia: «Si veis que el duque Lasco y sus vasallos quieren abrazar sincera y firmemente la fé cató-

lica, hareis que ellos, ó los que os parezcan mas á propósito entre los de su nacion, abjuren en público el cisma; despues eximireis á la villa de Cereto y á todo el ducado de Moldavia de la jurisdiccion del obispo de Halits, y de cualquiera otra persona eclesiástica, de suerte que este pais esté únicamente sujeto á la Santa Sede en lo espiritual; y por último, erigireis á Cereto en ciudad y en obispado, cuyadiócesis comprenderá todo el ducado de Moldavia. El duque Lasco abjuró efectivamente, y desde sus Estados se esparció la luz de la salvacion á los paises vecinos, especialmente á la Bosnia, á la Rascia y al Basarat, á donde acudieron muchos misioneros franciscanos, y convirtieron millares de hereges y de cismáticos.

Pero habiendo muerto la mayor parte de los escelentes misioneros que tenia este orden en Tartaria, á causa del mucho tiempo que habia pasado desde que los enviaron á aquel pais los predecesores de Urbano V, creyó este vigilante Pontífice que no debia olvidarse de estas iglesias recién establecidas, en las cuales empezaban á escasear los pastores (1). Envió, pues, muchos individuos de la misma religion para que los reemplazasen, y dió facultad á Guillermo de Prato, su gefe, á quien hizo arzobispo de Cambalú y vicario general de su orden en el Cathai, para llevar consigo doce compañeros suyos elegidos á su arbitrio. Les dió Urbano muchas cartas que muestran á lo menos que los tártaros se preciaban de mirar con benevolencia y respeto al que era Gefe de los cristianos. Habia una carta para su emperador ó gran kan, otra para sus diferentes príncipes, y otra para el comun de la nacion. El Pontífice exhortaba á todos á que favoreciesen al arzobispo, á sus compañeros y á los cristianos nuevos, y á que se apro-

(1) Ducange, Gloss. Graec. p. 85.

(2) Vit. Pap. Aven. t. 1, p. 388; Rain. ann. 1370, num. 5, etc.

(1) Veding. 1370, num. 12.

vechasen ellos mismos de la luz resplandeciente que el cielo les enviaba. Llevaban tambien los misioneros una carta que sin duda debian entregar durante su viage, y se exhortaba en ella al clero de Grecia á que imitase á su emperador en la abjuracion del cisma.

Al mismo tiempo que Urbano V cuidaba de estender su solicitud pontificia á unos paises tan distantes, atendia tambien á la edificacion de los domésticos de la fé, y en especial de una porcion tan privilegiada de la casa del Señor como son las órdenes religiosas. El monasterio de Monte-Casino, antiguo modelo de regularidad para el orden de San Benito y para todos los demas por espacio de muchos años, habia caido en una relajacion que no se pudo ocultar al Papa luego que estuvo en Italia (1). Era tan grande el mal, que para cortarle fué preciso echar del monasterio á los monges arrogantes y vagabundos que se habian establecido en él. Fué tambien indispensable suprimir el obispado que habia creado en aquella casa el Papa Juan XXII, y que solo servia para fomentar su orgullosa indocilidad. El Papa Urbano llevó despues monges virtuosos de varios monasterios en que habia una observancia exactísima, y les dió un abad digno que halló entre los camaldulenses, no habiendo encontrado otro tan de su gusto en los monges benedictinos. Era este Andrés de Faenza, hombre de una piedad eminente, de una regularidad perfecta, muy versado en la vida interior y no menos hábil en los negocios. Pero su modestia, igual á su mérito, opuso la mayor resistencia, y fué necesario recurrir á la fuerza para ponerle en posesion. Como la ruina de los edificios, causada por un terremoto, y el mal estado de los negocios temporales habian contribuido mucho á que decayese la

(1) Vit. PP. p. 330.

observancia, medió eficazmente el Papa con la reina Juana para que devolviese al monasterio los derechos de que le habian despojado los últimos reyes de Nápoles. Dispuso tambien Urbano V que en el coro no hiciesen uso del salterio romano los monges de aquella casa, y que se arreglasen al galicano (1).

Para entender bien este punto de disciplina, es necesario tomar las cosas desde su origen. En los primeros tiempos tuvo la iglesia occidental una version latina de los salmos, ejecutada, no con presencia del hebreo, sino del griego de los Setenta, que se habia hecho mas célebre que el testo original. Pero á fines del siglo IV se vió que esta version latina era defectuosa, y San Gerónimo la corrigió al principio muy á la ligera y despues con mucho mas cuidado. Los Salmos corregidos de este segundo modo formaron el salterio galicano, llamado así por el uso antiguo y constante que hizo de él la iglesia de Francia. Refiérese su institucion á San Gregorio de Tours, y con mucha mas razon á San Bonifacio de Maguncia, que le llevó desde Roma á las iglesias de la Galia y de Germania, de donde se estendió insensiblemente á las demas iglesias. Por último, el concilio de Trento le declaró auténtico, y decidió que era una parte de la Escritura contenida en la Vulgata. El salterio romano, llamado así porque hacia mucho tiempo que estaba adoptado en Roma, es la antigua edicion de los Salmos segun la tenian los ultramontanos antes que la corrigiese San Gerónimo, y aun despues de la primera correccion que de ella hizo. Apenas se usa ya en otra parte que en la iglesia de San Pedro de Roma, que la habrá conservado verosímilmente por respeto á la antigüedad de este monumento. El *Venite exultemus*, se-

(1) Bullar. Magn. tom. 1, p. 20.

gun-se reza en los maitines, está tomado de esta version, como tambien muchos fragmentos de los Salmos que se hallan en el misal romano. Pero el salterio galicano fué preferido al romano en los demas paises concurriendo á ello los mismos Papas, y en particular Urbano V, que no olvidaba nada de cuanto podia contribuir en Italia al restablecimiento y á la perfeccion de la disciplina.

Tales eran los felices y rápidos efectos de la presencia del primer Pastor en el lugar natural de su residencia, cuando Urbano, por una mudanza que apenas puede concebirse, publicó inopinadamente el designio que tenia de volver á Aviñon, atribuyéndose al deseo que le animaba de restablecer la paz entre Francia é Inglaterra, motivo que pareció poco satisfactorio. Ya estaba el Papa fuera de Roma, en Montefiascone, sitio que parecia haberle agradado mucho, y antes de ausentarse quiso aumentar el Sacro Colegio con dos cardenales. El primero fué Pedro de Estaing, de una casa antigua de Ruerge, que ha dado muchos hombres insignes al Estado y á la Iglesia; y el segundo Pedro Corsini, natural de Florencia, de una familia noble y muy distinguida desde entonces.

Entretanto Pedro de Aragon, aquel piadoso infante que continuaba honrando con sus virtudes el orden de San Francisco, y habia animado al Papa Urbano para que restituyese á Roma la Silla apostólica, se quejó á él respetuosamente, pero con mucha energia, de una mudanza que iba á acabar con todo el fruto de su vuelta feliz (1): «mudanza (decia en tono profético) menos á propósito para sofocar la discordia que para producir el cisma.» Por otra parte, Santa Brígida, que habia ido desde Suecia á Roma para impetrar la confirmacion

(1) Vit. t. 33, pag. 390.

de su regla, protestó haberle revelado la Santísima Virgen que si el Papa volvia á Aviñon, moriria al llegar á aquella ciudad (1).

Santa Brígida, por sus virtudes, por su nacimiento y por su carácter, gozaba de un alto aprecio que daba gran peso á su testimonio. Era esta Santa de una de las mas nobles familias de Suecia, y se habia casado á los trece años con un caballero igualmente ilustre, llamado Vulfon. Despues de haber tenido ocho hijos convinieron uno y otro en guardar perfecta continencia. En este estado, fueron juntos en clase de peregrinos á Santiago de Galicia, y al volver tomaron ambos la resolucion de abrazar la vida religiosa. Vulfon murió antes de realizar este pensamiento. Brígida redobló en su viudez las austeridades y las limosnas, y poco despues fundó en la diócesis de Lincop un monasterio dividido en dos, para sesenta religiosas y veinticinco frailes del orden de San Agustin. A unos y á otros les dió unas constituciones que decia haberse las revelado Dios, y cuya confirmacion obtuvo del Papa Urbano.

Por todas estas razones, la prediccion de la Santa acerca del regreso de este Pontífice á Francia hizo mucha impresion en el ánimo del cardenal de Beaufort, hombre muy honrado, á quien veremos muy en breve elevado á la dignidad pontificia con el nombre de Gregorio XI; pero no se atrevió á participársela á Urbano. Viendo esto Brígida, hizo que su confesor Alfonso, obispo de Jaen, escribiese de su puño las palabras siguientes: «la voluntad de Dios es que el Papa no salga de Italia, sino que permanezca en ella hasta la muerte. De lo contrario será borrado desde luego su nombre del número de los vivientes para ir á

(1) Rain. an. 1370, n. 19; Bull. Bonif. IX, const. 5.